

méro de sus discípulos, hasta llegar el caso de ser indispensable echar abajo las traviezas de los cuartos contiguos al de Felipe, á fin de que pudiesen caber.

---

### CAPITULO V.

Quiere Felipe partir á las Indias. Se le aconseja permanezca en Roma para trabajar en la conversion de los Judios y hereges, lo que hace con muy felices resultados.

---

**E**N aquel tiempo no se hablaba en Roma mas que de las conquistas que hacian en las Indias, San Francisco Xavier y sus compañeros. Procuróse Felipe algunas cartas de estos hombres apostólicos y las hizo leer en las reuniones de que acabo de hablar. Fácil es concebir el efecto que producirían en una alma tan fervorosa como la suya. “¡Qué lástima,” dijo á sus discípulos, que haya tan pocos obreros para recoger tan abundante cosecha! ¿Porqué no hemos de ir nosotros á ayudarles?” Comunicóse su celo á algunos de sus oyentes, siendo los principales de entre ellos, Tarugi Policiano, jóven tan distinguido por su virtud como por su nobleza, y

dos médicos distinguidos, Juan Bautista Modio y Antonio Fucci. Estos valerosos cristianos en número de veinte, dijeron á su maestro que estaban resueltos á seguirle á las Indias para trabajar allí en la conversion de los infieles, derramando su sangre por la fe, si Dios los juzgaba dignos de semejante favor. Transportado Felipe de alegría, hizo elevar al sacerdocio á los que estaban capaces de él, preparándose todos para partir cuanto antes. Sin embargo, acostumbrado Felipe á no hacer ninguna cosa importante sin orar y aconsejarse, empleó muchos dias en conferenciar con Dios su piadoso designio, suplicándole le diese á conocer su soberana voluntad. En seguida fué á ver á un monge Benedictino del convento de S. Pablo, con quien tenía suma confianza, y le sometió el grande negocio que meditaba. Este religioso, tan modesto como sábio, no quiso tomar sobre sí una resolucion de tanto tamaño; y aconsejó á su amigo recurriese á la alta prudencia de Agustin Ghertino, abad Cisterciense del convento de S. Vicente y S. Anastasio.

No podia en verdad elegir mejor guia en semejante caso; porque este hombre era un santo célebre por sus luces proféticas. Fué á verle Felipe y le manifestó su designio rogándole le indicase su parecer. Este, despues de escucharle con grande atencion, le pidió algunos dias para inquirir en la oracion la voluntad divina: volvió Felipe el dia señalado, y le dijo: “Cuando consultaba

yo al Señor sobre vuestro negocio, se me apareció S. Juan Evangelista y me dijo: “Que no piense Felipe en ir á las Indias; él y los suyos están donde Dios los quiere, pues en Roma es donde deben trabajar por la salvacion de las almas.” En seguida me enseñó las aguas de las tres fuentes que ha hecho tan célebres el martirio de S. Pablo, cambiadas en sangre, y me dió á entender ser este un presagio de alguna grande calamidad que amenaza á Roma.” Felipe se sometió á esta orden del Cielo, y no pensó ya mas que en obrar el bien donde lo queria la divina Providencia. Desde este momento pareció tomar su celo nuevos incrementos. Hubiera querido convertir á todos los pecadores, y conducir al Pastor celestial todas sus ovejas errantes. Este deseo le seguia por todas partes, lo preocupaba incesantemente, movia sus afectos y producía sus alegrías y sus dolores.

Por ejemplo, no podia ver un Judío sin gemir profundamente y derramar lágrimas por su triste suerte; y si encontraba ocasion de trabajar en su conversion, tentaba todos los medios para ganarlo á Jesucristo. Iba un dia á la basilica de Letran con un noble Milanés seguido de un criado judío, y percibiendo que este desgraciado permanecía con la cabeza cubierta y apartaba sus ojos del altar, se inflamó su celo y acercándose á este hombre, le dijo: “¿Qué es lo que haceis, amigo mio? Rogad con nosotros al Hijo de Dios hecho hombre, oculto en este tabernáculo, y decidle: Si sois el Cristo, Hijo de Dios.

vivo, el libertador prometido á nuestros padres, ilustrad mi entendimiento para que crea en vos, y me haga cristiano.---No puedo hacer esto, respondió el criado, sin dudar de mi religion, y esto no me es permitido.---Ahora bien, repuso Felipe, dirigiéndose á los que estaban presentes, roguémos, hermanos míos, por este pobre hombre: él será cristiano, y bien podeis contar con ello.” No fué vana la prediccion, porque á pocos dias quiso que se le instruyera, y dócil á la gracia, abrazó la fé y se hizo bautizar.

La víspera de la gran fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, Marcelo Ferrí, sacerdote y discípulo de nuestro santo, iba á la iglesia del Vaticano para asistir á las primeras vísperas, y advirtió bajo el peristilo á dos jóvenes Hebreos que manifestaban pertenecer á un rango distinguido. Arrastrado hácia ellos por un impulso de la divina gracia, se les aproxima, los saluda y traba con ellos conversacion. Despues de hablar de cosas indiferentes, vino á los dogmas de nuestra fé, y tocó la gloria de que gozan los santos apóstoles. “Ellos eran judíos como vosotros, les dice, y creyendo en Jesucristo obtuvieron el sumo bien. Si sois sábios, reclamad su poderosa proteccion, rogadles que intercedan por vosotros; ellos lo harán, no lo dudeis, y el Padre de las misericordias os comunicará la ciencia prometida á su pueblo. ¿Quereis, añadió, que os haga yo conocer á un hombre que todo el mundo mira como santo?---Sí

queremos; respondieron los jóvenes; pero por ahora no es posible. Si lo llevais á bien, volveremos mañana á la misma hora á aguardaros aquí, é iremos juntos á ver á ese hombre santo de que nos hablais.” Volvieron, en efecto, á la hora citada, y Marcelo los condujo á Felipe que habitaba entonces en la casa de la caridad. Nuestro santo los recibió con una bondad á que se manifestaron muy reconocidos, y esta primera conversacion los atrajo de tal suerte á él, que durante muchos meses no dejaron de visitarle un solo dia. Pasó despues algun tiempo sin que volvieran, é inquieto Felipe por su ausencia, envió á Marcelo á averiguar qué le habia sucedido.

Este á fuerza de indagar, llegó al último á descubrir su morada, y fué recibido por la madre á quien preguntó cómo se hallaban. “Uno de ellos está muy malo, respondió esta muger, derramando lágrimas. Una disenteria acompañada de una fuerte fiebre, lo ha puesto en tal estado, que ya voy perdiendo la esperanza de su salud.---Permitidme que lo vea, dijo el padre, me intereso mucho por él, y él lo sabe muy bien.” Consintió en ello voluntariamente y lo condujo á su recámara. El enfermo estaba profundamente aletargado; pero al oír la voz conocida de Marcelo, volvió en sí y pareció estar muy contento de su visita. Viendo esto la madre, corrió á traer una bebida que no habia podido hacerle tomar, y rogó al padre que se la ofreciese. Este recibió el vaso y acercándose

al enfermo, le dijo al oído: “El Padre Felipe os recomienda mucho, no dejeis medio alguno para curaros.” Al nombre de Felipe, sonrióse el joven y apuró la copa de un solo trago. Marcelo habló en seguida un poco con la madre, y antes de salir, se inclinó sobre el lecho del enfermo y le dijo en voz baja: “Acordaos, hijo mio, que habeis prometido al padre haceros cristiano.---Me acuerdo bien, respondió, y si Dios me da salud, cumpliré mi promesa.” Vuelto á casa Marcelo, dió cuenta á Felipe de todo lo que pasaba. “Supuesto que es así, respondió, nosotros le curaremos con nuestras oraciones.” En efecto, no tardó en recobrar la salud; volvió entonces con su hermano muy frecuentemente á ver al padre, y á pocos dias recibieron ambos el santo bautismo.

A estas dos conversiones se siguió otra mucho mas importante. Un joven Judío de mas elevada esfera y de una educacion muy distinguida, se dejó prender en la red de nuestro santo y recibió solemnemente el bautismo en la basílica del Vaticano. Contra lo acostumbrado, siguió viviendo en la misma casa de su padre, sin que Felipe se opusiese á ello. Esto llegó á noticias del Papa, quien desaprobó esta tolerancia que le parecia temeraria, y reprendió por ella á Felipe, quien le dijo: Ruego á Vuestra Santidad me perdone esta falta á la regla comun: yo tengo por cierto, que el padre no solo no podrá nada sobre su hijo, sino que este llegará al fin á convertir á aquel!” En efecto,

Este hijo puso muy pronto á su padre en relaciones con nuestro santo, quien le instruyó y le hizo cristiano. Esta conquista trajo otras mas: este hombre tenia un hermano que murió en ese tiempo, y dejó cuatro hijos todavia niños, y como su tio los tomó á su cuidado para tener ocasion de conducirlos al cristianismo. Luego que los tuvo en su casa, los condujo al hombre de Dios, quien los recibió con aquella tierna caridad que le era ordinaria, no diciéndoles ni una palabra de religion; encargóles sí que volvieran á verlo, lo que ellos le prometieron seriamente. Volvieron, en efecto algun tiempo despues, y aun en esta vez no se dedicó á otra cosa que á ganar su afecto, entreteniéndoles con cosas que pudieran agradarles; solamente les dijo al despedirse: "Rogad amiguitos míos, al Dios de Abraham, de Isac y de Jacob, que os ilustre con su divina luz, para que podáis conocer la verdad; yo uniré mis oraciones á las vuestras, y para mejor conseguirlo, mañana aplicaré la misa con esta intencion." No solo cumplió este santo hombre lo que habia prometido, sino que impulsado tambien de su caridad, comprometió á toda la comunidad á que tomase parte en esta buena obra. El tio, tambien por la suya, no omitió cosa para ponerlos en camino de conversion; pero inutilmente porque opusieron una resistencia invencible. Habiendo llegado esto á noticias de Felipe, ofreció por ellos nuevamente el santo sacrificio de la misa. Esto fué lo bastante;

porque volviendo el tio á la carga ese mismo dia, ellos le ofrecieron sin contradiccion hacerse cristianos. Habló la gracia tan poderosamente al corazon de estos jóvenes, que ni las caricias de la madre, ni las amenazas de sus parientes pudieron apartarlos de la resolucion que habian tomado. Cuando llegó esta noticia á los discípulos del santo, ya no les sorprendió; porque él les habia asegurado desde antes, que tal habia de ser el resultado de este negocio.

Muy pronto los jóvenes convertidos vinieron á pedir que se les instruyese. Se comenzó desde luego á catequizarlos, y por muchos dias volvieron con esactitud; pero uno de ellos fué arrebatado de una aguda fiebre que lo condujo á las puertas del sepulcro. Sabedor Felipe de su estado, fué á visitarle y le dijo tocándole el pecho y la cabeza: "Yo no quiero, hijo mio, que te mueras ahora; dirian los Hebreos que Dios te castigó porque dejaste la ley de Moises; podría ser aun que nos acusaran de haberte quitado la vida: haz que me lleven noticia de tí mañana temprano, yo aplicaré por tí la misa y pediré lo que convenga." Luego que el santo salió, uno de sus discípulos, llamado Pedro Consolini dijo al enfermo: "Ten ánimo, hijo mio, este padre hace milagros, y supuesto que él lo ha dicho, te curará." La noche siguiente, en lugar de disminuir el mal, se aumentó de tal manera, que creyó el médico que iba ya el enfermo á espirar, y llamó á su tio para que recogiese sus últi-

mos suspiros. Luego que amaneció volvió á verlo Pedro Consolini, y corrió en seguida á dar cuenta de su estado á Felipe. Este dijo la misa por él, y fué tan pronto el efecto, que se encontró el enfermo completamente sano y se levantó al momento con grande admiracion de su tío. Vino el médico como al medio dia y no encontrando en el enfermo ninguna fiebre, exclamó admirado: “El P. Felipe sabe mas que todos los médicos; ese hombre es un santo. No puedo dudar de ello despues de semejante milagro.”

Vino el siervo de Dios, luego que anoheció, á ver al convaleciente, y le dijo al oído: “Hijo mio, tu hora habia llegado; pero los judios endurecidos hubieran hecho alarde de tu muerte, y por eso no debí permitirte: da gracias á Dios, y disponte á consagrarte á su Magestad.” Dos meses despues fué bautizado con sus hermanos en la basilica de Letran por el Papa Clemente VIII. Luego que se hicieron cristianos fué su primer cuidado trabajar en la conversion de su madre. Para ello emplearon las caricias y exhortaciones; sacáronla aun del barrio de los judios, y la llevaron á la casa de una señora piadosa, despues de lo cual dieron cuenta de todo á su padre espiritual y le suplicaron la ganase á Jesucristo. “Nos es llegado aun el tiempo, hijos mios, les respondió el santo, él llegará, yo os lo aseguro, y entonces será mas fructuosa su conversion que lo seria hoy.” No fué vana esta prediccion; porque cinco años despues se

convirtió esta señora con veinte y cuatro personas de su familia.

Sin embargo, el celo de este santo sacerdote no se limitaba á la sola conversion de los judios, sino que trabajaba al mismo tiempo en reducir á los hereges al gremio de la Iglesia, haciendo volver á su seno gran número de ellos, movidos por sus discursos, y mas aún por sus eminentes virtudes. Aconteció entonces un suceso que le hace demasiado honor, para que pueda pasarse en silencio.

Un sectario fanático llamado Paleólogo, predicaba en Roma monstruosos errores y no perdonaba medio alguno para hacerse de partidarios. El santo oficio llegó á aprehenderlo y encerrarlo en sus cárceles; pero antes de ponerlo en tela de juicio quiso ver si lograba su conversion. Disputaron victoriosamente con él hábiles teólogos; mas no llegaron á convencerle: tentóse tambien aunque en vano el medio de la exhortacion, sucediendo las amenazas con igual inutilidad. Despues de estas diligencias se le juzgó y condenó á ser quemado vivo. Llegó á saber esta noticia Felipe á tiempo que ya se le conducia á la hoguera, estando entonces ocupado en oír confesiones en la iglesia de S. Gerónimo. Movido hasta lo íntimo de sus entrañas nuestro santo, no pudo resolverse á dejar perecer de esta suerte á aquel desgraciado. Deja el confesonario, vuela á encontrar la fúnebre procesion, se hace paso por enmedio de la multitud, abraza al criminal y se esfuerza en ablan-

dar su corazón. El tiempo urgía, porque ya casi se llegaba al lugar del suplicio; obtiene una palabra de esperanza, manda hacer alto á los soldados, quienes obedecen bien á la autoridad de su palabra, ó bien á la veneracion que les inspira. Despues de hablar unos momentos con el paciente, le hace sentar en una silla, que ha mandado traer de una casa vecina, y este desgraciado, que hasta allí se habia manifestado tan endurecido, deplora y retracta publicamente sus errores con admiracion y alegria de los numerosos testigos de este espectáculo. A ruegos de Felipe, mandan los magistrados que el reo vuelva á la prision; y desde este momento le hace continuas visitas nuestro santo, para consolidar su conversion no omitiendo cosa alguna que á su juicio pudiera contribuir á perfeccionar su penitencia. Despues de probarle de la manera mas demostrativa los dogmas que habia atacado, se dedicó á nutrir su compuncion por medio de las mas penetrantes exhortaciones: haciéndole en seguida leer las vidas de los santos, “porque, decia él: el orgullo es el que hace los hereges y los ejemplos de los santos son mas propios que toda otra cosa para hacer inclinar las cervices duras al yugo de Jesucristo.”

Paleólogo acabó por creerse y parecer contrito: tanto así habia tomado imperio sobre su corazón la caridad del santo. Sin embargo, este sospechaba de su conversion; porque muchas veces manifestó á sus discípulos, no estar enteramente satisfecho de ella. ¡Ah! sus temores eran sobra-

damente fundados. Por un efecto de la inconstancia humana, el infeliz recayó, volviéndole aun Felipe á levantar. Dos años despues recayó nuevamente, y entonces el magistrado le hizo quitar la cabeza. Cesar Baronio, que le asistió en aquel momento supremo, atestigua que pareció arrepentirse sinceramente, lo que permite esperar que el Señor le haya perdonado.

---

## CAPITULO VI.

Felipe manda á Baronio que escriba los análes eclesiásticos.



**M**IENTRAS que el hombre de Dios trabajaba en Roma con tanto celo en la conversion de los pecadores, la criminal reforma protestante se deramaba como un torrente impetuoso en las regiones del norte, devastando la Iglesia de Jesucristo. Las ciudades mas grandes y populosas habian ya perdido el precioso depósito de la fé, y el contagio se propagaba cada dia mas y mas. Espantado y desolado Felipe con este diluvio de males que amenazaba inundarlo todo, buscaba un poderoso dique que oponer á tan formidable corriente; y es-